



Lo aparente

Me encuentro a medio camino entre realidad racional e intuición trascendente: mi estado de ánimo lo percibo como una paz interior y una ilusión sosegada, por el posible evento de una experiencia nueva que mi camino me ofrece, y yo me aferro a ella con natural alegría. Estoy enamorado otra vez y espero la llegada de la persona que posiblemente compartirá mi vida, aunque eso lo discutiremos juntos.

Para comprender mi situación actual es necesario el conocimiento de mi vida pasada con todos sus avatares.

Todo empezó aquella mañana en que regresé a mi ciudad natal con la esperanza de entablar una relación largamente deseada, y la determinación de recapitular mi vida.

Bajé al bar de la esquina. Eran las once de la mañana, pedí un zumo de fruta y un café. Mientras llevaba el vaso a los labios observaba. En las mesas contiguas a la mía había grupos de ambos sexos que charlaban animadamente.

El aroma del café mezclado con la atmósfera del recinto me trasladó a mi juventud en la misma ciudad.

Salíamos de clase, Carmen caminaba con unas amigas un poco por delante.

Yo me había apresurado para alcanzarlas.

—Aquí tienes a tu admirador —dijo una amiga y todas las miradas se volvieron hacia mí; yo solo sentía la de Carmen, su profunda mirada me transportaba.

—¿Qué tal los exámenes?

—Nos han salido bastante bien, sobre todo a Carmen —dijo Olga.

—Cuánto me alegro —les dije.

—Mañana es sábado. ¿Vais al baile? —Carmen me miró—. ¿Y tú?

—Si estás allí, iré —ella me obsequió con una sonrisa.

—Entonces hasta mañana —dije.

Cuando me alejé, mi corazón latía de felicidad; esa emoción que produce el estar en la primera juventud y enamorado, nunca más la he vuelto a sentir y creo que cada momento de la vida es único y diferente.

Mientras recorría las calles y atravesaba el puente de hierro sentía que la humedad del agua refrescaba mi cuerpo, a la vez que imaginaba los acontecimientos del día siguiente. Era costumbre el ir todos los compañeros a un

local al final de curso para bailar, divertirnos y, sobre todo, despedirnos de los que ya no volverían.

Con alegría me dirigí a casa; todo a mi alrededor parecía contagiarse de mi entusiasmo, como si participaran del evento: había observado que en situaciones adversas ocurría lo contrario. ¿Sería nuestro estado de ánimo el que provoca nuestra percepción? Esa pregunta todavía no tenía respuesta.

Pagué la consumición y antes de volver a casa pateé las calles que fueron testigos de la mayor parte de mi vida. A esa hora de la mañana, la ciudad estaba en ebullición: amas de casa con el carro de la compra, furgonetas aparcadas suministrando mercancía en los comercios llenos de gente, y las cafeterías con público diverso. Lo que más me llamaba la atención eran grupos de mujeres jóvenes que después de dejar a sus hijos en el colegio se reunían en un café, y mientras consumían, intercambiaban confidencias.

Esa práctica era habitual en las pequeñas ciudades, lo había observado en otras. Esos privilegios los tenían las capitales de provincia, pero si se quería desarrollar una actividad cultural, son precarias y en esos casos las grandes ciudades son la solución, aunque la vida no sea tan placentera.

Al caminar, el aroma conocido de la ciudad me inundaba por la respiración dándome la sensación de encontrarme en épocas pasadas. Las diferentes vivencias permanecen

en nuestro interior y cualquier aroma, o paisaje, las hacen emerger sintiéndonos participes de otras épocas al mismo tiempo que disfrutamos el presente; eso me estaba pasando.

La Rioja era una provincia vinícola de prestigio internacional y en ella predominaba la cultura tradicional. Las diferencias de clases estaban arraigadas, aunque empezaban a moverse hacia la cultura moderna.

El piso lo heredé de mis padres, estaba en el centro y era grande. Llegué a la ciudad con la intención de arreglarlo pues era antiguo. En él habíamos crecido mis hermanos y yo. Cuando entré, todo me parecía familiar, el vestíbulo, el salón y las habitaciones, pero al mismo tiempo me envolvía una sensación de vacío. Mis recuerdos en él estaban relacionados con mis padres, mis hermanos, amigos y familiares, ahora solo yo lo habitaba. Era el pequeño y existía una diferencia de edad con mi hermana de siete años y con mi hermano de once.

Miré a mi alrededor, faltaban algunos muebles que mis hermanos llevaron como recuerdo; ellos tenían los suyos y, excepto algunas cosas, la mayoría estaba como antes. En la entrada, un mueble con espejo de madera noble y dos sillas a cada lado. El salón lo utilizábamos solo en las grandes ocasiones, faltaban algunos objetos pero no se notaba, conservaba la impresión de antes: un mueble biblioteca, una vitrina, los sillones, un escritorio, una

lámpara de cristal y otra de pie, todo estaba combinado con elegancia y belleza.

La sala de estar, más pequeña, continuaba igual que antes. Allí pasábamos la mayor parte del tiempo. Los muebles eran diversos, la mesa camilla me traía recuerdos entrañables de mi madre sentada leyendo o en otras ocupaciones; la tele estaba en un rincón y era visible desde todos los ángulos. En las habitaciones de mis hermanos faltaban recuerdos, en la mía todo estaba intacto; me faltaba valor para inspeccionar y prefería mirarlo de una manera superficial, no quería quitar nada para que conservara la intimidad de antes. Mis hermanos estaban bien situados: mi hermana se había casado con un abogado y mi hermano era dueño de un concesionario de automóviles, lo que se habían llevado eran mínimos recuerdos. Entre esos muros pasó mi niñez y una parte de mi juventud; sentía la presencia de las personas queridas que ya no estaban.

La atmósfera era propicia para recordar. Me senté en un sofá y volví la vista hacia atrás.

Primero se había casado mi hermana, y un año después mi hermano. Yo era el pequeño y acababa de aprobar la Selectividad. En aquella época veía mucho a Carmen, ambos habíamos estudiado en colegios religiosos como correspondía a las clases privilegiadas de la época. Aunque no eran mixtas, sabíamos dónde podíamos reunirnos con

las chicas después de clase; ella también empezaba la universidad. El día que estuvimos bailando después de los exámenes fui feliz y desgraciado al mismo tiempo. Me explicó que se iría a la gran ciudad para estudiar Empresariales. Era la única hija del dueño de una bodega importante, y su meta era poder dirigirla en el futuro. Le dije que estaba enamorado de ella. Con una sonrisa radiante y su mirada de diosa complacida me dijo que yo también le gustaba, pero en su vida había prioridades y en la actualidad eran sus estudios. Esa rotundidad me molestó pero estaba tan enamorado, que me convencía a mí mismo de que tenía razón.

Mi padre tenía una gestoría y le hubiera gustado que alguno de nosotros siguiera con ella cuando él se jubilara, pero a ninguno nos interesaba, quizás porque lo que siempre se ha visto como una rutina no provoca ilusión; pero él que fue su fundador, deseaba su prolongación en la familia. Ahora comprendo su frustración, y una ternura que nunca creí tener hacia él me inundó.

Sonó el timbre de la puerta y al abrir me encontré con mi amigo de la infancia. Manolo seguía como siempre, alegre y despreocupado, con un entusiasmo contagioso; era alto y un poco sobrado de peso, pero siempre decía: «El disfrutar de la comida es importante».

—Como no me llamaste y pasaba por aquí, subí.

—Hiciste bien.

Él lo miraba todo con curiosidad y nostalgia.

—¿Sabes?, no había vuelto a entrar desde que te fuiste y me ha recordado el pasado.

—Lo mismo me ocurre a mí, al entrar creí sentir la respiración de mi madre sentada en la sala, y a mi padre sentado a su lado leyendo el periódico —dije.

—Bueno, cambiemos de tema. ¿Has visto a Carmen?

—Sí, hemos quedado esta tarde para cenar.

—¿Sigues enamorado?

—Creo que sí, aunque he vivido mucho, me doy cuenta de que mi regreso se debe al deseo que siento por verla.

—Si es lo que quieres, me alegraría que llegais a algo —en sus ojos había una chispa de picardía.

Cuando salió Manolo, volví a dejar que el recuerdo me inundara. Una parte del verano lo pasábamos en una casa que mis padres alquilaban todos los años al lado de la playa, en el sur. Mis hermanos también nos acompañaban algunos días con sus hijos. Mi hermana, con las hijas y el marido, y mi hermano, con su hijo y su mujer: ella era muy parecida a Carmen, activa y distante, pertenecía a una familia adinerada, y con cultura conservadora. Era muy religiosa y ayudaba en las actividades sociales de la parroquia organizando actos u ofreciendo ropas y otros enseres, y de vez en cuando hacía donaciones económicas. Ese

comportamiento provocaba el reconocimiento de los desfavorecidos y ella se sentía halagada, aunque al mismo tiempo guardaba las distancias pues se consideraba de una clase superior y se recreaba en esa cultura conservadora que ofrece limosnas y niega derechos; es una forma de entender las diferencias sociales de algunos: «El que los ricos tengan privilegios por obra de Dios y a los pobres hay que socorrerlos, pero concederles derechos por ley es otra cosa», pensaba.

A veces me preguntaba cómo mi hermano se habría casado con ella, pues eran totalmente diferentes, y cuando les observaba percibía frialdad. Ellos solo permanecían unos días con nosotros, lo justo para cumplir con la tradición de aceptar la familia del marido: el resto lo pasaban con la de ella. Eso ocurre en la mayoría de los casos, lo había observado en otras: mi propia madre visitaba y convivíamos más con su familia que con la de mi padre. Cuando se iban, Julio nos visitaba algunas veces con el niño, y el poco tiempo que nos acompañaba se le notaba feliz.

Mi hermana permanecía más días y, aunque también se codeaba con las clases privilegiadas, se sentía a gusto con nosotros.

El lugar era muy bonito y en esa época abundaban los turistas. Yo tenía conocidos y lo pasábamos bien intentando ligar con las extranjeras, y a veces lo conseguíamos.

Aunque estaba enamorado de Carmen, eso no me impedía divertirme. De esos veranos conservo recuerdos de situaciones muy agradables.

Después de aquel fin de curso, ella ingresó en la universidad que había escogido. Yo también me fui, pero no a la misma ciudad, ella me dejó claro que durante los estudios prefería no estar cerca de gente que conocía para no distraerse y yo, como siempre, acaté su racionamiento.

Mi padre era autoritario, se ocupaba de todo y no entendía que aún no hubiese decidido lo que quería hacer, mis hermanos lo habían sabido, yo debería de hacer lo mismo, y otra vez me comparaba con ellos provocando discusiones que se repetían. En el último enfrentamiento me decidí por el periodismo, aunque no me entusiasmaba, lo prefería a otras posibilidades.

Ellos ya llevaban años casados, mi hermano Julio lo hizo, como ya dije, con una mujer de buena posición, y tenían un hijo. El marido de mi hermana tenía prestigio en la ciudad como abogado. Mi padre estaba satisfecho con ellos; para él yo era un poco la oveja negra y a veces le contradecía.

—No entiendo ¡cómo puedes admirar a Julio!, su matrimonio solo funciona en apariencia —le dije.

(Yo le había sorprendido un día que le visité en su trabajo besando a una empleada).

—Tú qué sabrás de la vida —me respondió—, la apariencia es lo que cuenta.

—Para mí no.

Y otra vez acabábamos discutiendo. Mi madre me comprendía y con su ayuda las discusiones se apaciguaban. En aquella época y también ahora, me cuesta aceptar el que la gente le conceda tanta importancia a lo aparente, ¿no sería mejor contemplar las cosas como son y darles el nombre que les corresponde?

En octubre me fui, pero no a la ciudad en la que estaba Carmen, respeté su decisión de estar sola para dedicarse a los estudios. Además, aunque deseaba estar cerca de ella, no quería imponérselo.

Fue en esa época cuando empecé a preguntarme el porqué me había enamorado. Si éramos totalmente opuestos. ¿No estaría haciendo lo mismo que Julio? Aunque creía que había una diferencia: yo estaba enamorado y no veía que él lo estuviera de su mujer. El saber que Carmen existía me procuraba ilusión y, aunque su comportamiento era caprichoso, me había dado esperanzas.

En una pequeña ciudad tenía mucha importancia la diferencia de clases, y la más alta debía de ocultar sus posibles malas conductas; yo no lo entendía. Tampoco me concentraba en los estudios, cuando analizaba la vida, no la comprendía: en mi interior percibía la ausencia de algo,